
A black and white photograph of two men, Jean-Paul Belmondo and Jean-Louis Trintignant, in a crowd. Belmondo is on the left, wearing a suit and tie, looking slightly to the right. Trintignant is on the right, also in a suit, looking towards the camera. The background is filled with other people, mostly men in suits, suggesting a formal event or a public gathering.

DELON · MARKOVIC

El mito Delon, reclamo policíaco

LA MUERTE DEL "COPAIN"



MARKOVIC · NATHALIE

TU eres mi amigo, Memé», solía decirle con frecuencia; Alain Delon a Barthélemy Guerini, el hermano de Antonio. Memé sonreía con un gesto de cansancio, con una sonrisa de «croupier» retirado, gastado por las noches en vela. Alain Delon quería a los Guerini. Acostumbraba a visitarlos cada vez que se encontraba en el Midi; a Alain Delon le gustaba frecuentar a los «duros». Durante el mes de mayo se le vio en «los estados generales» del cine rodeado de guardaespaldas. Yugoslavos, como Stefan Markovic, su hombre de confianza —cuyo cuerpo fue encontrado el primero de octubre en un barranco de Yvelines, cerca de Plaisir. La autopsia ha demostrado que había muerto de un tiro en la cabeza, lo cual no era visible, ya que le habían golpeado para borrar la señal del tiro—. Entre Alain Delon y el cuerpo amarrado de Stefan ha habido muchas cosas: amistad, rencor y otros yugoslavos —porque un yugoslavo, como las desgracias, nunca llega solo—, y, sobre todo, la policía. Y, detrás de la policía, el ministerio del Interior. «Hay de todo para hacer una buena ensalada», se decían los investigadores. Al principio, porque después, en la primera brigada móvil, se calmaron misteriosamente.

sonriente y orgulloso

Primer personaje: Delon, que quiere ser el Sinatra francés. Se le ocurrió esta idea en Indochina, en las prisiones militares, y siguió acariciándola más tarde, en las noches pasadas en Saint-Germain-des-Près, cuando buscaba albergue y un medio de vida. Hasta que se encontró con Michele Cordouc, esposa del director cinematográfico Yves Allegret, que le dio su primer papel. Pero los golfos no se dignan frecuentar a los que no tienen dinero. Hubo que esperar a la celebridad y la fortuna para que Memé Guerini aceptara de Delon un reloj de oro. Rodeándose de malhechores, el antiguo «vagabundo encantador» demostraba que no era un «frimant» como los demás, que se encontraba al margen de aquello, que él debía su éxito a algo más que al cine, que al talento y que, en definitiva, era algo más que sus películas y su cara.

Segundo personaje: Nathalie. Hermosa, viva, violenta. Una voz ronca, un poco arrastrada. Dura. Se incorpora a la mitología de Delon.

Y, por último, el tercero. Stefan Marković, 1,90 de estatura, «play-boy» servido. Aspecto

de campesino. Guapo y con un rostro sonriente y orgulloso. Profesión: los hombres y las mujeres. Entra en Francia, como muchos yugoslavos, clandestinamente; lo hace por el «Paso del Infierno», cerca de Menton. Un compatriota, Milos Milosevic —agregado ya al séquito de Delon—, le presentó al patrón. Y a la patrona. Poco después, Milos se marcha a Hollywood, donde morirá asesinado en compañía de la mujer de Mickey Rooney. (Alain Delon dijo al enterarse: «Esto no ocurre más que en los Estados Unidos».) Milos dejaba a Stefan un buen puesto. Y amigos yugoslavos. Ante los tribunales, los yugoslavos llevan siempre las de perder. Más todavía que los nordafricanos. Forman un medio impenetrable, y utilizan siempre una jerga incomprensible. Saben adaptarse a cualquier ambiente. No padecen ni los anticuados pudores ni las viejas manías de los chulos franceses o corsos. Son «encantadores hasta la locura». Se los quitan de las manos.

Hasta aquí, la cosa apenas tiene importancia. Un episodio de la «dulce vida» parisienne que ha terminado mal. Un enigma criminal. Pero llegan los encolerizados policías; están hartos de que sus protegidos recibán llama-

das telefónicas de gentes importantes: «Me he enterado que está tomando usted declaración a mi amigo "Jojó". Se trata de un amigo, puedo garantizarle su moralidad». Estos métodos, que habían desaparecido a raíz del rapto de Ben Barka, han vuelto a aparecer a partir del 30 de junio. Los policías han encontrado un sistema bastante eficaz; responden al «protector» de esta guisa: «Señor, aceptamos su garantía. ¿Puede usted pasar por aquí? Tomaremos declaración para el proceso». El «protector» desaparece en el acto. Se murmura también en la Brigada Criminal que algunos jueces terminan por sucumbir a las presiones. En una palabra, los policías están descontentos. Así que cuando los investigadores descubrieron fotos y nombres entre la documentación de Stefan se apresuraron en alertar a los periodistas y, sobre todo, intrigarles. Mientras, el ministerio del Interior dejaba hacer a los comisarios. Como si se esperara algo.

«les copains-macs»

Stefan se instala en el chalet de los Delon, en la avenida de Mesina. Se le reservan dos habitaciones en la parte superior. Saca a pasear al pequeño Anthony, el hijo de sus patrones. Acompaña a la señora. Le dan casi

30.000 pesetas para sus gastos. Ya instalado, Stefan se dedica a observar; a sus patrones, sus visitantes y a sus amistades. Establece relaciones. El ambiente yugoslavo, interesado por la buena suerte de su compatriota, le aconseja dar un paso interesante: las «protegidas» de madame Claude, muchachas bonitas, libres y sin prejuicios. En el apartamento que ocupa esta dama —discreción y distinción— todo transcurre sin escándalos y sin miedos. El repertorio es de primerísima mano. Además, madame Claude ofrece toda clase de garantías a las jóvenes. Pero ella no contaba con los yugoslavos. ¡Una verdadera desgracia! Stefan y sus amigos supieron entrar, pero no como lo habrían hecho los corsos —bofetadas, periodo de adiestramiento, etcétera—, sino en plan de compañeros, con toda cordialidad, acompañándolas a los mejores lugares de París. En poco tiempo, Stefan consiguió desviar a las protegidas de madame Claude en provecho propio. Stefan las dirigió al terreno de las «fiestas», del que era único proveedor. Y un poco de droga. Stefan se encuentra en estas «soirées» con algunos personajes marroquíes mezclados entonces en el asunto Ben Barka. Stefan se ha vuelto ambicioso; quiere montar un garaje para vender cochas deportivos a la gente del espectáculo. En la avenida de Mesina, donde viven los Delon, sigue en buenas relaciones

con Nathalie. Pero Alain comienza a no soportar por más tiempo su presencia. Sin embargo, Stefan se quedará allí casi hasta el final. Resulta imposible deshacerse de un «malhechor» yugoslavo decidido a no marcharse. Stefan se muestra a la vez agresivo y sonriente, al tiempo que emplea veladas amenazas. Siempre que puede chantajea con sus amigos masculinos y femeninos. Pero no es suficiente: en estos tiempos la moralidad es un valor en baja, y el escándalo ya no es lo que era. El garaje se encuentra lejos todavía.

Stefan se encuentra cada vez más amargado. Y, sobre todo, cuando Nathalie empieza a encontrarle insoportable y lo dice con su franqueza habitual. Pero, una vez más, sus compatriotas están a su lado y le proponen el «gran golpe»: sustituir la heroína por almidón. Stefan desaparece. Se le encontrará dentro de un saco, con el cráneo destrozado. Ya no venderá nunca coches a todo ese mundo elegante al que había consagrado su existencia. La muerte de un golfo raras veces pone a la policía en tal estado de trance. Se recoge el cuerpo, se le identifica, y a esperar. El doble asesinato cometido cerca de la plaza de la Estrella —en el que «gangsters» disfrazados de policías dieron muerte a dos corsos, un episodio más de la «guerra del juego»— no supuso tal frenético ballet de



MARKOVIC - DELON - NATHALIE

comisarios, ni los directores de las salas de juego fueron interrogados durante dieciséis horas. A Alain Delon se le ha tratado como un acusado. Su declaración del día 14 de octubre se prolongó a tales horas de la madrugada, que se parecía a esos interrogatorios que no acaban nunca y del que se sale solamente para subir al coche celular hacia la sala de espera del depósito de cadáveres. Los fotógrafos, que entienden mucho de esto —sólo con ver la manera de cerrar las portezuelas de los coches saben en qué punto se encuentra el interrogatorio—, decían que Alain Delon no acabaría la noche en la avenida de Mesina.

El cuerpo fue descubierto el 1 de octubre. El 9, un inspector va a Saint-Tropez a recoger la declaración de Alain Delon. Simple rutina: «Sí —dice en sustancia Alain Delon—, Stefan Markovic trabajaba para mí. Pero yo no conocía sus relaciones». Sin embargo, días más tarde, los policías se hacen con diversos documentos. Primero, una carta de Stefan a su hermano. En ella, Stefan se decía más o menos amenazado por «Alain Delon, su mujer y su socio Marcantoni». Este último es un viejo conocido de la primera brigada móvil. Un antiguo golfo que fue agente electoral del gaullista Alexandre Sanguinetti, en el XVIII distrito de París. La policía entra en efervescencia. Siente verdadero odio hacia

el golfo protegido, que se le puede escapar con un simple telefonazo, y que al menor control exhibe un permiso de tenencia de armas. El comisario jefe de la sección criminal se encarga del asunto y lo remueve. Decenas de investigadores salen a la caza. Consiguen los papeles de Stefan. Todo París está en su agenda. Le ruegan firmemente a Alain Delon que regrese a París. La policía no le cree culpable, pero se servirá de él para centrar a la opinión sobre el «affaire», para impedir que le echen tierra encima. Sin dejar de afirmar el principio del secreto de la investigación, la policía divulga sabiamente, en pequeñas dosis calculadas, las direcciones de la agenda de Stefan. Todos los periódicos, desde el «Figaro» hasta «L'Humanité», piden explicaciones: algunos son nombres de las grandes alturas. El ministerio del Interior deja hacer y, sobre todo, deja murmurar. Luego, frenazo repentino, imperceptible. El «affaire» Delon vuelve a ser el «affaire» Markovic-Mes-sarovitch, un asunto entre yugoslavos. Alain Delon ha sido víctima de una guerra entre los servicios policiales.

En casa de «madame Claude» el teléfono suena interminablemente. Nadie lo coge. Las «citas» se han interrumpido... ■ FRANÇOIS CAVIGLIOLI. Reportaje gráfico: DANIEL ANGELI - MONDIAL PRESS.

DELON · NATHALIE · MARKOVIC

